

—¿Pues en dónde está mi hija? Don Justo, ¡mi hija! ¡buscadla! ¡buscadla! aquel grito! aquella lucha!..... ¡Oh! yo os decia bien, debiamos haber salido!

—¡Pronto! corred por esas calles! buscad á la señorita! —dijo Don Justo á los lacayos;—no volvais sin traer razon.

Los lacayos se dispersaron corriendo en todas direcciones y haciendo cundir el escándalo por toda la ciudad.

Doña Fernanda, desesperada, volvió á entrar á su casa, sostenida por Don Justo; y Don Enrique, sin saber qué pensar de aquello, se embozó en su ferreruero y se echó á caminar á la aventura, esperando encontrar la llave de aquel misterio.

Cerca del amanecer regresaron los lacayos unos en pos de otros; ninguno habia podido averiguar nada: en cambio la noticia de la fuga de Doña Ana y del escándalo que habia ocasionado, se esparció instantáneamente y sin saberse quién la habia llevado, en el sarao que para celebrar la fiesta del Pendon daba el ayuntamiento, y en el que se hallaba reunida la gente mas noble y principal de la ciudad.

VIII.

Retrocediendo.

VAMOS á encontrar la explicacion del extraño rapto de Doña Ana, retrocediendo solamente algunas horas.

Don Justo levantóse de dormir la siesta, á las cuatro de la tarde del dia de San Hipólito; vistióse con gran cuidado y salió á la calle en busca, ante todo, del Indiano, en quien esperaba encontrar un auxiliar poderosísimo.

Era el Indiano muy conocido en México por sus riquezas y por su espléndido lujo, y cosa fácil fué para Don Justo encontrar su habitacion.

En la prolongacion de las calles de Ixtapalapa y en direccion al santuario de la Virgen de Guadalupe, á la derecha del palacio de los Vireyes, tenia Don Diego una magnífica casa.

Don Justo se presentó allí, preguntó á un lacayo por su señor, y supo que allí se encontraba disponiéndose para salir á la calle á paseo.

En efecto, un palafrenero tenia del ronزال á un soberbio potro de gran alzada, bayo-lobo, con la crin, la cola y los cabos negros y ricamente enjaezado, que levantaba inquieto la cabeza, y relinchaba y rascaba el suelo con las manos, tascando el freno como ansioso por salir á ostentar su brío y su hermosura.

Don Justo subió las escaleras, y al llegar al corredor de la casa, se encontró con el Indiano que se disponia ya á bajar.

—Dios guarde á su señoría muchos años—dijo Don Justo.

—Para serviros—contestó Don Diego.

—Tengo que hablar con vos un instante acerca de negocio grave, si teneis á bien escucharme.

—A fe que será una honra para mí: pasad.

—Honra es la que de vos recibo.

El Indiano condujo á Don Justo á una estancia pequeña, pero tapizada y amueblada con exquisito gusto.

—Hacedme la gracia de sentaros—dijo mostrándole uno de los sitios, que eran de sándalo con brocados de oro.

—Despues que vos; que no debo sentarme estando en pié persona tan distinguida.

—Ambos á dos.

Sentáronse, y Don Justo, casi sin saber por dónde principiar la conversacion, dijo tímidamente:

—Caballero, sin duda extrañareis esta visita cuando apenas tengo la honra de ser conocido hasta hoy por vos.

—Esa honra es para mí.

Levantáronse un poco los dos de sus asientos, y se saludaron ceremoniosamente; Don Justo continuó:

—Pero hay ocasiones en que dos personas están identificadas por intereses sin conocerse, y en este caso, la reu-

nion de esas personas es una cosa muy provechosa para ambos: ¿no os parece?

—Perfectamente—contestó Don Diego, y pensó:—¿en qué vendremos á parar?

—Soy para serviros, puesto que no sabeis mi nombre, Don Justo Salinas de Salamanca y Baus.....

—Muy señor mio—contestó el Indiano, y los dos volvieron á levantarse de sus asientos á hacerse otra reverencia.

—No conozco su nombre—pensó Don Diego.

—Hermano—continuó Don Justo—de Doña Guadalupe Salinas de Salamanca y Baus, condesa de Torre-Leal y esposa del conde Don Carlos Ruiz de Mendilueta, padre de Don Enrique.

Otra reverencia.

—¿Venís acaso de parte de Don Enrique?—preguntó Don Diego, inmutándose un tanto al oír el nombre de su enemigo.

—Dios me libre; pero sí vengo á hablaros de negocio que le atañe.

—¿En qué puedo seros útil?

—A mí no precisamente; pero si yo os pudiera servir de algo.....

—No veo.....

—Hablares con franqueza, si me lo permitís.....

—Seguramente.

—Bien, voy á ello: vos sois, á lo que asegura la gente, enemigo jurado de Don Enrique Ruiz de Mendilueta.

—No, poca cosa, disgustos que nunca faltan entre los hombres.....

—Permitidme; hay entre vosotros algo mas que disgustos; hay casi un odio profundo.

—¿Él os ha dicho?

—No, no en mis días; no le trato.

—¿Entonces, cómo podeis decir.....

—Porque todos lo aseguran.

—Quizá todos se engañen.

—Permitidme; yo creo que no; el pueblo lo dice, y ya sabeis, *vox populi vox Dei*.

—Y sin embargo, el pueblo se engaña.

—Don Diego, desconfiais de mí porque mi hermana es la mujer del conde, y quiero probaros que haceis mal, y que quizá con nadie debeis tener mas confianza que conmigo.

—Pero.....

—Vengo á proponeros una alianza: vos aborreceis á Don Enrique, y yo tambien; á vos os estorba, á mí tambien: vamos por caminos distintos, pero el obstáculo es el mismo; los dos necesitamos deshacernos de ese hombre: unámonos; yo vengo á ofrecerme como aliado vuestro para ayudaros en vuestros planes.

Cuando Don Justo acabó de hablar, miró satisfecho á su interlocutor; pero Don Diego se habia levantado del sitio, pálido, con los ojos centellantes de furor, cerrados los puños y apretados los dientes.

Don Justo se espantó al verle así, y se levantó tambien de su asiento.

El Indiano dió un paso hácia adelante, y luego con la voz ronca por la ira, y como haciendo un gran esfuerzo para contener su furor, exclamó:

—¡Vive el cielo, caballero, que si no viera el lugar en que estamos y lo sagrado que es aquí para mí vuestra persona, os enseñaria á tratarme como quien soy!..... ¿De dónde os ha ocurrido á vos venir á proponerme planes de venganza contra mis enemigos, y ofrecerme auxilio que jamás os

he demandado? Brazo fuerte y corazon sin miedo debo al cielo para tomar la demanda de mis injurias sobre mí, sin buscar en ajenas fuerzas lo que por solo mi aliento puedo acometer. Hacedme, caballero, la gracia de retiraros antes de que cegado por el furor, cometa un desman con vuestra persona..... y os suplico y os aconsejo por vuestro propio bien, que jamás volvais á mezclaros en asuntos que no os conciernen, y sobre todo, en los míos.....

Don Justo, sin esperar el fin de aquella tempestad, salió de la estancia y bajó precipitadamente la escalera, murmurando entre dientes:

—Estúpido, villano, mal nacido.....

Poco despues bajó Don Diego con muestras aún de mal humor, y diciendo á sus solas:

—Infame! un plan contra uno de su familia!..... y luego..... proponerme eso á mí..... á mí..... Malvado! no sé cómo he podido contenerme!..... yo me vengaré de Don Enrique y de Doña Ana; pero eso seré yo, yo solo, ó con los míos..... pero este..... infame!

Y sin ver siquiera al palafrenero, saltó sobre el caballo, que se encabritaba, y salió á la calle.

El potro debió conocer que su ginete no estaba esa tarde para chanzas, y tomó sosegadamente su garboso trote.

Los pajes montaron á caballo y siguieron silenciosamente á su señor.

Tambien ellos conocieron que habia habido una gran tempestad.

A poco andar, Don Diego se reunió con un grupo de jóvenes que iban á caballo tambien por la Plaza mayor, y se encaminaron hácia la Alameda, pasando por las calles de San Francisco.

Poco á poco la nube de disgusto que pesaba sobre la fren-

te del Indiano fué disipándose con la alegre charla de sus festivos compañeros.

Al llegar á la Alameda Don Diego hizo una seña á uno de aquellos jóvenes, y ambos se adelantaron un poco y pudieron hablar sin que los demás los escuchasen.

—¿Está todo dispuesto para el negocio de esta noche, Estrada?—preguntó el Indiano.

—Como tú lo desees—contestó el joven á quien llamaba Don Diego, Estrada.

—¿Y cómo?

—Vas á oír mi plan: he ido á reconocer con ardid la casa, y fácilmente, mientras los dos amantes hablen, podremos yo y los que me acompañan escuchar desde la esquina y sin ser vistos, la conversacion, y en llegando un momento oportuno, salimos, y se arma un escandalazo que nos oirán los sordos. ¿Es bastante?

—Bastante; pero no hay que dormirse.

—Bah! yo estaré en el sarao hasta que llegue la hora, y mis hombres irán á esconderse en una casuca que hay cerca de la de Doña Ana: allí están reunidos y seguros, y yo iré por ellos cuando convenga.

—¿Cuántos son?

—Seis, y de toda confianza; valientes como leones y callados como peces.

—Por supuesto que sabré el resultado.....

—Inmediatamente, que yo volveré al sarao.

—No hay que causar gran daño á Don Enrique.

—Nada de eso, lo convenido; desarmarle y dejarle atado á la reja hasta que amanezca y lo vea la gente.

—Eso es.

Otros jóvenes se reunieron en este momento á Don Die-

go y á Estrada, y la conversacion se suspendió porque ya se habian dicho lo bastante.

Toda la tarde se pasó en recorrer las calles, y al oscurecer, cada uno se dirigió á su casa para prepararse para el sarao.

—Mucho cuidado—dijo Don Diego á Estrada.

—Ten confianza—contestó el otro.

A las diez de la noche, una magnífica concurrencia llenaba los salones de la casa del marqués del Valle, descendiente de Hernan Cortés, y en la que el ayuntamiento daba un soberbio baile.

Era un mar de joyas y de blondas y de brocados y de flores; al través de cuyas ondas se descubrian rostros hechiceros, ojos de fuego, bocas encantadoras.

Alegre murmullo de voces juveniles se alzaba entre los dulces acordes de las músicas, y se escuchaban como un lejano acompañamiento el ruido de las vajillas de plata y de cristal.

Sin rival reinaba en aquella fiesta el Indiano; su gallarda postura, su trage riquísimo, sus soberbias joyas con que iba adornado, y sobre todo, la ausencia de su competidor Don Enrique Ruiz de Mendilueta, le hacian el objeto de ardientes miradas y de furtivas conversaciones.

Faltando allí Doña Ana, todos se explicaban la ausencia de Don Enrique; pero ¿por qué la dama no asistia? nadie podia saberlo, y todos se preguntaban.

A las once y cuarto el Indiano miró una magnífica muestra cubierta de brillantes, y dijo á Estrada, que iba á su lado:

—Creo que ya es hora.

Estrada le apretó la mano y salió furtivamente del salon.

Desde aquel instante el Indiano no volvió á bailar; estaba inquieto, y con disimulo procuraba acercarse á las ventanas, desde donde se descubria la Plaza Mayor y la entrada á las calles de Ixtapalapa.

Así trascurrió mas de una hora.

En uno de aquellos momentos en que Don Diego miraba á la calle, sintió que le tocaban la espalda; volvió el rostro, y se encontró con Estrada.

—¿Qué hubo?—preguntó el Indiano.

—Necesito hablarte—contestó el otro;—vamos afuera.

Los dos salieron, y atravesando el corredor, entraron á una estancia que estaba sola.

—Dime—exclamó el Indiano.

—Pues hay cosa mas grave; he cometido una locura, pero no me arrepiento.

—¿Has muerto á Don Enrique?

—No.

—¿Qué hay, pues?

—Atiende: desde la esquina escuchaba la conversacion, esperando el momento; pero hé aquí que oigo que la dama iba á escapar con el galan.

—¡Ingrata!

—El plan era que él esperara en donde estaba, y ella saldria por el zaguan; aquí fué el lance: dejé á Don Enrique haciendo el centinela, vigilado por cuatro de los míos, y yo con otros dos me planté cerca de la puerta: esperamos un poco, sonó la llave, salió la dama y el zaguan volvió á cerrarse.

—Entonces.....

—Nos arrojamos sobre Doña Ana, que pudo apenas dar un grito; la envolvieron mis hombres en sus capas, cargaron con ella, y guiados por mí, en un instante la trasladé á mi

casa sin que nadie nos viera, y allí la tienes á tu disposicion.

—¡Qué locura!.....

—Locura ó no, ya está hecho: si te conviene, allí la tienes; si no, déjamela á mí, que bien me gusta y mucho me hizo penar en otro tiempo.

—¿Y si te descubren?

—¡Qué! mi casa es sola, yo y mis lacayos; mis hombres eran de confianza, y en todo caso, pagaria yo cuando mas con la cabeza, y bien vale tan real moza salir un poco antes de este valle de lágrimas.

—¿Y Don Enrique?

—Se quedó entretenido acuchillándose con mis cuatro sayones.

—¿Qué sucederia por fin?

—Nada; porque al llegar aquí, uno de ellos me esperaba, y me contó que habia salido gente en auxilio del galan, de la misma casa de la novia; los míos huyeron y están todos en salvo.

—Muy bien; ahora vámonos de aquí para no hacernos sospechosos, y es preciso divulgar en el salon que Doña Ana ha huido de su casa sin saberse con quién; procura que todos noten que no has faltado al sarao; es una precaucion.

—¿Y qué dispones de la tórtola prisionera?

—Tuya es, ganada por tí, botin de guerra; haz de ella lo que quieras, yo no la amo.

—Estoy de enhorabuena; ya quisiera yo estar en mi casa.

—No; se necesita mucha prudencia: retírate del baile hasta cerca de amanecer.

Los dos jóvenes volvieron al salon, y media hora despues todo el mundo hablaba de la fuga de Doña Ana.

Estrada metía bulla por diez, y bailaba, y se hacia notable por su grande alegría.

Doña Ana entretanto, sin comprender lo que le habia pasado, se encontraba encerrada en una estancia de una casa que le era desconocida enteramente.

Don Enrique pensaba que Doña Ana le habia dispuesto aquella celada.

Doña Ana pensaba que aquel rapto habia sido preparado por Don Enrique.

Ninguno de los dos se acordó del Indiano.

IX.

Por la razon ó por la fuerza.

La casa de Don Cristóbal de Estrada, el amigo de Don Diego, estaba situada á la espalda del monasterio de San Francisco.

No era Estrada un hombre muy rico, pero tenia recursos para pasar en México la vida con toda comodidad. Sin padres, sin parientes cercanos, Don Cristóbal gastaba las rentas que le producía su capital, sin ocuparse de otra cosa que de galanteos y saraos.

Sin ser lo que puede llamarse un jóven, estaba aún en todo el vigor de su edad, y las muchachas veian en él un partido mediano; á pesar de todo, Don Cristóbal jamás habia tomado parte en ninguno de aquellos escándalos que diariamente se daban en la capital de la colonia, y todo esto lo tranquilizaba y lo hacia pensar que no seria sobre él sobre quien recayese la sospecha del rapto de Doña Ana.